

## Crónica de clausura

# I CONGRESO INTERNACIONAL LÍMITE(S) IDENTITARIO(S) EN EL CINE Y LA LITERATURA DE ÁFRICA (LICLA)

### *En la aldea invisible de LICLA*



Hay lugares que no se levantan con piedra, sino con atención. Lugares que no figuran en los mapas y, sin embargo, existen con una verdad más honda que muchas ciudades visibles. Lugares hechos de escucha, de memoria compartida, de hospitalidad para las preguntas que todavía no desean volverse respuesta. Durante dos días de abril, uno de esos lugares se abrió en la meseta manchega. Tenía aulas, pasillos, mesas, horarios, puertas de cristal y el rumor reconocible de todo encuentro universitario. Pero esa era apenas su forma exterior. En realidad, aquella aldea invisible poseía el nombre de **LICLA**. Y durante dos días tomó la forma concreta, laboriosa y luminosa de la **Facultad de Educación de Albacete**, donde el congreso dedicado a los límite(s) identitario(s) en el cine y en la literatura de África reunió voces venidas de distintos territorios, lenguas y trayectorias.

**Maître Ségur** se detuvo al cruzar el umbral, como si algunos lugares no se visitaran, sino que se despertaran. Miró la luz suspendida en el vestíbulo, el movimiento inicial de quienes iban llegando con sus carpetas y sus expectativas, el ir y venir todavía intacto de las primeras horas, y comprendió que allí no iba a desarrollarse solamente un congreso, más bien una forma provisional de comunidad. **Maese Guzmán**, a su lado, aguardó en silencio antes de asentir, con esa serenidad de tierra seca que sabe reconocer el agua antes incluso de verla aparecer. No necesitaban decir mucho. Bastaba con advertir que la Facultad estaba cambiando de naturaleza y que, por unos días, dejaría de ser solo un edificio para volverse umbral, sendero, círculo.

En el centro de esa aldea caminaba ya **LICLA**, perteneciente a la estirpe de las figuras verdaderas de los relatos, de aquellas que no reclaman el primer plano y, sin embargo, lo ordenan todo desde una discreta centralidad. Sobre los hombros llevaba un yugo del que pendían dos cántaros. Uno estaba entero. El otro, fisurado. Del cántaro herido caía un hilo continuo de agua, humilde y tenaz. Apenas un goteo. Pero era ese goteo el que iba a dar sentido a cuanto sucediera. El cuento de la mujer que, sin saberlo del todo, riega el borde del camino con el agua que pierde su cántaro acompañó el congreso como una verdad secreta pues, a menudo, no es lo intacto lo que fecunda, sino aquello que, por no poder retenerse del todo, deja florecer el mundo a su paso.

La inauguración abrió el círculo. Y poco después, **Bárbara Fraticelli** depositó en el centro tres palabras que siguieron resonando a lo largo de las jornadas como si no hubieran dejado de pronunciarse: *espacio, memoria, identidad*. No las ofreció como definiciones, sino como umbrales. A través de ellas comenzó a entrar la complejidad del mundo, y la aldea invisible de LICLA se fue poblando de presencias.

En la mesa de **identidades femeninas**, **Naomi Casañas Padrón** llevó la transformación de *Les Veilleurs de Sangomar* hacia una lectura donde lo femenino aparecía como lugar de paso y de metamorfosis. **Nassima Kerras** descendió al cuerpo femenino de la narrativa francófona norteafricana como quien entra en un archivo de marcas, heridas y resistencias. **Fatima Oubellihi** mostró cómo el otro irrumpe en la construcción identitaria en *Julienne* de Scholastique Mukasonga, haciendo visible que no hay identidad sin roce, sin alteración, sin intemperie.

En otra sala, y al mismo tiempo, otra corriente se abría paso. **Marina Isabel Caballero Muñoz** hizo escuchar la música que atraviesa la escritura de Léonora Miano; **M. Liliana Rubio Platero** mostró cómo la literatura, el cine y la música africanas pueden entrar en la enseñanza de lenguas no como adorno, sino como necesidad; **María Teresa Pisa** interrogó a las mujeres de Fatou Diome bajo la sombra larga de Penélope.

Y mientras todo eso sucedía, **María** estaba también allí, aunque desde lejos. No pudo asistir como hubiera deseado, no pudo habitar físicamente cada sala ni cada conversación, pero estuvo presente con el corazón, siguiendo el latido del encuentro desde otra orilla. Hay fidelidades que no ocupan una silla y, sin embargo, acompañan. Hay presencias que no necesitan cuerpo para hacerse sentir. En la aldea invisible de LICLA, María formó parte de cuanto sucedía por esa vía secreta en que la cercanía desmiente a la distancia.

Después del mediodía, la aldea se volvió más densa. **César Ruiz Pisano** llevó al centro del congreso la riqueza poliglósica de la literatura guineoecuatorial contemporánea, donde las lenguas no solo conviven, sino que se rozan, se discuten y se transforman mutuamente. **Virginia Iglesias Pruvost** abordó el cruce entre género, poder y migración en la obra de Binta D. Ann, y mostró cómo ciertas trayectorias femeninas quedan atrapadas en dispositivos de alienación que la literatura permite iluminar. **Iñaki Tofiño Quesada** regresó a la narrativa colonial sobre la Guinea española durante la Segunda República y recordó que no hay archivo inocente, porque toda escritura heredada transporta una mirada.

Al mismo tiempo, en la mesa dedicada a las **representaciones estéticas de la memoria**, **Jean Vuibel Gouni Nonyouh** evocó el *Didiga* de Bernard Botey Zadi Zaourou y esa dimensión supraindividual de la estética que excede el gesto singular para convertirse en respiración colectiva. **Imane Simmou** se desplazó por la topofilia de la errancia y por la soberanía narrativa como refugio identitario entre texto e imagen. **Charles N'DRE** rindió homenaje a **Said Jedidi**, y su gesto tuvo la delicadeza de quienes saben que recordar también es una forma de justicia. **Tata Hamam** se adentró en las representaciones del negroafricano en la narrativa española contemporánea, haciendo visible que no todas las ficciones han aprendido aún a mirar sin repetir antiguos moldes.

La tarde siguió desplegándose. **Oi N'Goran Hyacinthe N'Goran** aportó una mirada histórica sobre África vista por los africanos a través de la literatura, el cine y la música, y en su intervención hubo algo más que conocimiento: hubo implicación, sostén, entrega.

Hyacinthe no solo participó; ayudó a que la aldea pudiera existir. Su presencia tuvo algo de columna discreta. Lo mismo ocurrió con **Aka Linda**, cuya implicación en la realización del congreso fue constante y generosa. Ambos moderaron, participaron, colaboraron, sostuvieron la arquitectura invisible del encuentro. En ellos, el congreso tuvo no solo pensamiento, sino también cuidado.

Cerca de Hyacinthe, **Laurence Chapuis** se internó en Mudimbe y en la reciprocidad de la percepción; **Pilar Egüez Guevara** trajo las representaciones afrodescendientes del cine documental desde Ecuador. Y, en paralelo, la mesa sobre **identidades LGTB y queer** abrió un espacio decisivo con **Elisabet Sánchez Tocino, Urbain Ndoukou-Ndoukou, Majda Meftahi** y **Loubna Nadim**, quienes pensaron el cuerpo, la performance, la colonialidad del género, las sexualidades disidentes y las transgresiones identitarias como territorios donde se revelan, con especial intensidad, las fisuras del orden y las posibilidades de otros modos de existir.

Entre quienes dieron forma al ritmo del congreso estuvieron también **Ana** y **María** en la moderación de las mesas. Moderar no es solo repartir tiempos: es ofrecer cauce, sostener el hilo, velar por que cada voz llegue a su sitio. También ellas formaron parte de la hechura de la aldea invisible de LICLA. Hay encuentros que se recuerdan por quienes hablaron, pero también por quienes supieron cuidar la respiración de la palabra.

Entonces llegó **Kilema**.

Y con él, el congreso encontró otra forma de verdad. Su **Concierto Didáctico de música y oralidad en Madagascar** no fue una pausa amable entre sesiones, ni un paréntesis feliz en medio del rigor académico. Fue el momento en que lo disperso se reunió. Lo que durante el día había sido análisis, memoria, lectura, crítica o debate, encontró en Kilema una forma común de latido. El concierto fue un éxito, sí, pero sobre todo fue una comunión. Una reunión de almas. Las voces, los cuerpos, las historias, las lenguas, los trayectos diversos, todo pareció entrar por un instante en una misma respiración. Maître Ségur escuchó con los ojos cerrados; Maese Guzmán dejó que la música lo atravesara con una gratitud callada; **Nadine** sintió que había momentos en que el pensamiento solo termina de encarnarse cuando se vuelve ritmo. Y LICLA, al borde de la escena, siguió dejando caer agua de su cántaro como si cada gota acompañara la cadencia de aquella unión.

Tras el concierto, se prolongó esa comunión al calor de un tentempié, aquella de la conversación cercana, la alegría serena y la sonrisa fecunda. Los nombres comenzaron entonces a desprenderse de la formalidad del programa para entrar en otra memoria, la de la cercanía.

A la mañana siguiente, la aldea seguía en pie. **Eric Kumi Frimpong, Jesús Guzmán Mora** y **Sanae Dahman** trajeron consigo el poder, la resistencia, la ruina y el exilio interior, recordando que la literatura puede seguir siendo una forma de no ceder. **Victor Kabré** y **Sabah Mnasri** hicieron dialogar cine y narrativa desde una mirada capaz de mostrar los pliegues de la representación. Más tarde, **Beatriz Álvarez Palanca, María Teresa Bermúdez de la Puente Campos** y **José María Fernández Vázquez** abordaron identidades híbridas, espejismos migratorios e interculturalidad; **Carla Figueiras Catoira, Hiba Ben Farhat, Iraide Pérez Blanco** y **Fillipe Silveira Neves** continuaron

trabajando la memoria, el trauma, la violencia, la poesía y los rastros como quien recoge, una a una, las flores que ya habían empezado a brotar a los lados del camino.

En las últimas mesas, la intensidad no disminuyó, al contrario se volvió más nítida. **Alfredo Segura Tornero** llevó *Jacaranda* del texto al espacio público; **Habiba Fontaine Matnoussi** interrogó los límites identitarios y las figuras afrodescendientes en el cine francés contemporáneo; **Aka Linda** y **Koné Kadidiatou** hicieron visible la resiliencia en la narrativa de Sylvain Kean Zoh; **Jacqueline Evaristo** tendió puentes entre historia, memoria y disputas identitarias en Mozambique. Finalmente, **Boni Menelick Martial Boni**, **Gninwoyoho Euphrasie Ouattara**, **Mathurin Ovono Ebe** y **Manuel Gómez Campos** llevaron al último tramo del congreso la cuestión decisiva de la lengua, la traducción, el *womanism*, la tradición, la modernidad y el paso de una cosmovisión a otra a través de la palabra.

Cuando llegó la hora de cerrar, nadie sintió que se clausurara algo terminado. Más bien se tuvo la impresión de que el sendero empezaba a revelarse por completo. Fue entonces cuando todos miraron a LICLA. Seguía caminando. El cántaro fisurado seguía perdiendo agua. Y ahora podía verse con claridad lo que antes solo se intuía, a ambos lados del camino habían brotado flores. No un jardín obediente ni un diseño previsto, sino una línea irregular, libre, viva. Había florecido precisamente allí donde el agua no pudo ser retenida.

Maître Ségur habló primero y dijo que existen congresos que reúnen saberes, y otros, más raros, que consiguen reunir también sensibilidad, responsabilidad y comunidad. Maese Guzmán añadió que cada intervención había sido una forma de agua y que ninguna se había perdido. Nadine miró el sendero. María, desde lejos, siguió formando parte de él. Ana, Hyacinthe y Linda quedaron inscritos en la memoria del encuentro como quienes ayudaron a sostener la aldea. Y todos comprendieron que lo vivido no terminaba allí.

Porque la aldea invisible de LICLA, lejos de disolverse, quedaba convocada de nuevo. Y así, junto a los nombres de **Bárbara Fraticelli**, **Naomi Casañas Padrón**, **Nassima Kerras**, **Fatima Oubellihi**, **Marina Isabel Caballero Muñoz**, **M. Liliana Rubio Platero**, **María Teresa Pisa**, **César Ruiz Pisano**, **Virginia Iglesias Pruvost**, **Iñaki Tofiño Quesada**, **Jean Vuibel Gouni Nonyouh**, **Imane Simmou**, **Charles N'DRE**, **Tata Hamam**, **Oi N'Goran Hyacinthe N'Goran**, **Laurence Chapuis**, **Pilar Egüez Guevara**, **Elisabet Sánchez Tocino**, **Urbain Ndoukou-Ndoukou**, **Majda Meftahi**, **Loubna Nadim**, **Kilema**, **Eric Kumi Frimpong**, **Jesús Guzmán Mora**, **Sanae Dahman**, **Victor Kabré**, **Sabah Mnasri**, **Beatriz Álvarez Palanca**, **María Teresa Bermúdez de la Puente Campos**, **José María Fernández Vázquez**, **Carla Figueiras Catoira**, **Hiba Ben Farhat**, **Iraide Pérez Blanco**, **Fillipe Silveira Neves**, **Alfredo Segura Tornero**, **Habiba Fontaine Matnoussi**, **Aka Linda**, **Koné Kadidiatou**, **Jacqueline Evaristo**, **Boni Menelick Martial Boni**, **Gninwoyoho Euphrasie Ouattara**, **Mathurin Ovono Ebe** y **Manuel Gómez Campos**, quedó también sembrada una promesa.

Cuando el tiempo haya pasado sin ruido, cuando las palabras pronunciadas hayan encontrado su lugar en la memoria y cada cual haya seguido su propio camino, habrá un instante —casi imperceptible— en que el aire volverá a cambiar. Entonces, en el umbral de la aldea invisible, **Maître Ségur** y **Maese Guzmán** regresarán primero. No hará gesto alguno que reclame atención. Se detendrán, como la primera vez, y escucharán apoyando la mirada sobre la tierra, como quien sabe reconocer lo que aún no se ha manifestado del

todo. No necesitarán convocar con palabras. Será **LICLA**, en su paso silencioso, quien lo haga. Su cántaro fisurado seguirá dejando caer ese hilo leve y constante de agua que nadie retiene y que, sin embargo, siempre llega. Y allí donde caiga, una vez más, el camino comenzará a abrirse. No con estrépito, no con urgencia, sino con esa fidelidad discreta de lo que vuelve porque nunca se ha ido del todo.

Y así, los habitantes de la aldea —los que estuvieron y los que todavía no han llegado— sentirán la llamada. No como una orden, sino como un recuerdo que despierta. Vendrán desde lejos o desde cerca, desde la palabra, desde la música, desde la imagen o desde el silencio, y reconocerán de nuevo el sendero.

**LICLA** fue la última en marcharse. No reparó su cántaro. No tenía por qué hacerlo. Siguió andando con la serenidad de quien conoce el secreto de las cosas vulnerables. Del borde herido seguía cayendo el agua. Y ahora todos sabían que es la fisura la que une; es la pérdida la que fecunda; es lo que no puede conservarse entero lo que mejor prepara el regreso.